

21/06/2018

EUROPA EN EL MUNDO

Emilio Lamo de Espinosa

Presidente Real Instituto Elcano

Real Academia de Ciencias Morales y Políticas

Casi al comienzo de La ética protestante, primera entrega de su magna tetralogía sobre las religiones y concepciones del mundo (y primera obra en la que Europa aparece como una pieza más de la diversidad cultural y no como el mascarón de proa de la humanidad), el gran sociólogo alemán Max Weber avanzaba una afirmación que hoy un siglo después, es aún más actual:

Cuando un hijo de la moderna civilización europea se dispone a investigar un problema cualquiera de la historia universal, es inevitable y lógico que se lo plantee desde el siguiente punto de vista: ¿qué serie de circunstancias han determinado que precisamente sólo en Occidente hayan nacido ciertos fenómenos culturales, que... parecen marcar una dirección evolutiva de universal alcance y validez?"

Esos “fenómenos culturales” no son solo el capitalismo, como Weber indica más adelante. La racionalidad y la ciencia, el Estado y el arte, la burocracia y el funcionario especializado, el derecho formal, el Parlamento, son también “fenómenos culturales” propios del desarrollo de la Europa Occidental, y que han adquirido universal alcance y validez.

Eso es lo que pretendo analizar, no la UE sino el papel histórico de Europa en el mundo, la primera (y hasta el momento única) región y cultura que ha tenido, y sigue teniendo, alcance universal.

Lo que nos obliga a ponernos en un singular punto de vista: el que el mismo Weber llamaba “punto de vista histórico-universal”, el único válido, por cierto, en un mundo globalizado como el actual, en el que todas las historias regionales han confluído por primera vez en una única historia universal.

Así pues, ver el mundo, y a nosotros en él, desde el punto de vista de la historia total de la humanidad, total en el espacio y total en el tiempo.

Esa es la tarea intelectual más relevante en este comienzo de siglo.

**

Pero el objeto de esa observación es Europa, y hablar de Europa es, inevitablemente hacerlo de su historia y de su geografía. Cuanta más ciencia social estudio más me convengo de algunas grandes y simples ideas. Por una parte, que las sociedades, al igual que los individuos, son su historia, tienen

una fuerte dependencia de senda, y su pasado marca claramente las opciones de futuro. La segunda gran idea (que se remonta a Montesquieu, e incluso antes, a Ibn Jaldun), es que la historia es, en buena medida, geografía, pues esta marca un horizonte natural de posibilidades dentro del que se tienen que adaptar las sociedades en función de su tecnología. Por decirlo de otro modo, la geografía siempre está; la historia siempre regresa; y lo que siempre progresa es la tecnología.

Hagamos un poco de geografía antes de hacer historia y algo de tecnología.

Pues hablar de Europa es hablar de un pequeño pero complejo continente formado por cuatro o cinco penínsulas y algunas islas, dividido por varias cadenas montañosas, escasamente conectado por ríos navegables, situado en el extremo occidental del continente euroasiático, aislado del resto del mundo por el océano Atlántico, el desierto del Sahara, y las estepas y tundras asiáticas, y débilmente conectado con Asia y África por el corredor de los Balcanes y el Cáucaso. Aislado pues por dos fronteras, que siguen siendo fronteras vivas, la del Este y la del Sur, conflictivas siempre, y de nuevo ahora. Un continente dividido hacia adentro, pero aislado hacia fuera.

No es pues de sorprender que ese microcosmos de pueblos aislados acabara proyectándose por el mar hacia el oeste. ¿Por dónde si no iba a hacerlo?

Lo que nos devuelve de la geografía a la historia, la historia de la europeización del mundo, que es lo primero que me propongo analizar. Antes de pasar a analizar el actual mundo post-europeo, que será la segunda parte de mi intervención. Pero un mundo al tiempo poderosamente europeizado, que será la tercera y última parte de esta charla.

Así pues, europeización del mundo, mundo post-europeo y mundo europeizado serán los tres rubros de mi intervención. Vayamos con la primera.

LA EUROPEIZACION DEL MUNDO

Hace pronto 500 años, en 1519, un marino español, vasco, Juan Sebastian Elcano, zarpaba desde palos de Moguer en una flota de cinco barcos al mando de Fernando de Magallanes en busca de una ruta hacia las Indias por el oeste, el mismo proyecto frustrado de Colon. Tres años más tarde y después de una hazaña épica en la que habían cruzado el mar Pacífico por vez primera (y lo habían nombrado así), diecisiete famélicos y moribundos marinos regresarían al mismo puerto, culminando así la primera vuelta al mundo. Fue, como creo recordar que dijo Madariaga (hablo de memoria, no he podido encontrar de nuevo la cita), fue una hazaña, una empresa (por recoger ese viejo término) europea, pues en esa flota había marinos portugueses y españoles, por supuesto, pero también franceses, alemanes, turcos, malteses y, por supuesto, italianos, como Pigafetta, el cronista genovés de la hazaña.

Lo traigo aquí a colación por la misma razón por la que el Instituto que tengo el honor de presidir lleva su nombre: porque Elcano es un icono, un símbolo de la globalización, que es tanto como decir de la europeización del mundo. *Primus circumdedisti me*, tú fuiste el primero en circunnavegarme, fue el moto que Carlos V le otorgó a Elcano.

Y si miramos cualquier mapa del mundo al uso, veremos que en su centro figuran la península ibérica y las islas británicas, y el meridiano cero, el de Greenwich, pasa por Londres cortando al sur media España. Ello no es casual pues fueron marinos portugueses, españoles y británicos quienes exploraron todo el mundo cartografiándolo y levantando sus mapas. Mapas que se comenzaron a elaborar desde puertos conocidos hacia afuera, desde lo conocido hacia lo desconocido, de modo que, lógicamente, ese extremo occidental del continente euroasiático acabó figurando en el centro de nuestra representación simbólica del mundo, que eso son los mapamundi. Europa, y para ser más preciso, la Europa atlántica y occidental, en el centro del mundo. Y todavía hablamos de “extremo oriente”, con una expresión descaradamente eurocéntrica pues Japón no está en ningún extremo sino en su sitio, el mundo es una esfera, y todos estamos igualmente cerca del centro.

Aquellas exploraciones ibéricas fueron el comienzo de la europeización del mundo, de lo que los historiadores han llamado la Era de Europa. Nadie como el gran historiador británico Toynbee lo ha expresado con mayor fuerza:

Aquellos pioneros ibéricos, la vanguardia portuguesa alrededor de África hasta Goa, Malaca y Macao, y la vanguardia castellana cruzando el Atlántico hasta México y cruzando el Pacífico hasta Manila, prestaron un servicio sin parangón a la Cristiandad Occidental. Expandieron el horizonte y potencialmente el dominio de la sociedad que representaban, hasta que llegó a abrazar todas las tierras habitables y todos los mares navegables del globo. Debido en primer término a esta energía ibérica, la cristiandad occidental se ha desarrollado, como el grano de semilla de mostaza de la parábola, hasta llegar a ser la Gran Sociedad: un árbol bajo cuyas ramas todas las naciones de la Tierra han venido a cobijarse.

Y efectivamente, liderados por los pioneros ibéricos, y durante al menos 350 años, desde 1550 a 1900, todas las naciones se cobijaron bajo esa rama, y la historia del mundo se ha escrito aquí en Europa, en Lisboa o El Escorial, en Londres, Ámsterdam, París, Berlín, más tarde en esa Europa trasplantada que son los Estados Unidos. La historia de América Latina está en el Archivo de Indias, en Sevilla, no en América, sino aquí, pues aquí se escribió y desde aquí se administró.

**

¿Por qué ocurrió así? ¿Pudo ser de otro modo? Por supuesto. Justo al comienzo de un libro magnífico, Armas, gérmenes y acero, Jared Diamond se preguntaba justamente por qué Hernán Cortés había conquistado México, y no había sido Moctezuma el conquistador de Toledo. La respuesta era sin duda

que las navegaciones de altura o las conquistas fueron posibles por una clara superioridad tecnológica. Pero dieron lugar a una inmensa fertilización cruzada de productos y de ideas en todas direcciones, un gigantesco mestizaje que abrió las mentes a lo imposible e invitó a transgredir, a ir más allá, *Plus Ultra*, actitud sin la que hubiera sido imposible la invención de la ciencia, es decir, la Revolución Científica del siglo XVII. Y fue la tecnociencia la que generó la Revolución Industrial, origen y causa de la Gran Divergencia entre el Este y el Oeste, entre Occidente y Oriente, consolidando la superioridad europea.

Pues impulsados por la tecnociencia los países europeos primero y los Estados Unidos después, disfrutaron de una manifiesta superioridad en los campos de batalla, en la cultura y en la economía, dejando muy atrás al resto del mundo.

A comienzos del siglo XIX Lord McArtney, primer Embajador de Jorge III de Inglaterra en China, solicitó del emperador chino abrir sus puertos al comercio británico, y este le contestó con altanería: “los chinos no tenemos la mínima necesidad de las manufacturas británicas”. Pues bien, era cierto. El PIB de China era entonces seis u ocho veces el del Imperio británico y todavía al comienzo de la Revolución Industrial, hacia 1820, China e India eran el 50% del PIB mundial.

Pero la divergencia Este-Oeste no haría sino agrandarse, de modo que para mediados del pasado siglo China e India eran poco más del 5% del PIB mundial, diez veces menos que siglo y medio antes. Y no tanto por su caída sino por el crecimiento del resto, el crecimiento de Occidente.

Así se explica que en la Conferencia de Berlín de 1884, doce países europeos (pero ninguno africano), se repartieran toda África como si fuera un botín dejando solo dos países soberanos; hoy son 54. Y así se explica que a comienzos de la Gran Guerra, aproximadamente $\frac{3}{4}$ del territorio y de la población del mundo, bien eran occidentales (como América), bien estaban bajo soberanía de países europeos.

Aquellas fechas, comienzos del pasado siglo XX, fueron probablemente el momento de mayor expansión de Europa sobre el Mundo.

Pronto comenzaría el reflujo.

Tres grandes países emergerían desde casi la nada para marcar el siglo XX con su impronta, y solo uno de ellos era europeo. Pues casi al tiempo, en el último tercio del siglo XIX, los Estados Unidos tras la Guerra Civil (1861-1865), Japón tras la Restauración Meiji (1866-1869), y Alemania tras la unificación de Bismarck (1871), iniciarían procesos de crecimiento económico espectaculares, que serán seguidos de expansiones territoriales igualmente potentes.

La Gran Guerra, una guerra por el espacio vital, fue el primer intento de hacer sitio en el mapa mundial a esas tres nuevas grandes potencias, intento infructuoso y baldío que alimentó, con una paz injusta y mezquina, la Segunda Guerra Mundial.

El resultado de las dos guerras mundiales, guerras civiles de Europa, guerras civiles de Occidente, iba a ser letal para el predominio europeo. Pues si la Gran Guerra liquidó los Imperios europeos, la segunda acabaría destruyendo también los imperios extra-europeos, y las potencias coloniales europeas seguirían el camino que España había transitado un siglo antes.

Así, la descolonización que siguió a la Segunda Guerra fue casi total, de modo que si en 1945 las NNUU la formaban 45 Estados, para 1989, antes de la caída de la Unión Soviética, eran ya nada menos que 159, y se habían multiplicado por tres. Hoy son 193.

Fue claramente el fin de la hegemonía europea en el mundo.

Pero más importante aún es comprender que Europa, descolonizada, iba a ser ella misma colonizada, algo que los europeos nos resistimos a ver.

Hoy sabemos bien que la guerra mundial la ganaron dos potencias extra-europeas, Estados Unidos y Rusia, por mucho que Inglaterra, o incluso Francia, trataran de apropiarse de la vitoria. Y Europa quedó dividida en dos partes por un telón de acero, cada una bajo protectorado de uno de los vencedores. La OTAN de una parte, y el Pacto de Varsovia, de otra, controlaban los destinos de media Europa y de medio mundo. Cumpliendo así al pie de la letra la sorprendente predicción que Alexis de Tocqueville había realizado ya en 1835:

Hay hoy en la tierra –decía Tocqueville- dos grandes pueblos que, partiendo de puntos distintos, parecen avanzar hacia el mismo fin: los rusos y los angloamericanos. Uno tiene por principal medio de acción la libertad; el otro la servidumbre. ...cada uno de ellos parece llamado por un secreto designio de la Providencia a tener un día en sus manos los destinos de medio mundo.

Tocqueville acertó. Pues ya fuera bajo condiciones de libertad, o bajo condiciones de servidumbre, no eran los europeos quienes decidían de la una o de la otra. Y si media Europa pudo vivir bajo libertad ello fue gracias a la protección de un país extra-europeo, de cuya seguridad y defensa hemos sido *free-riders* desde 1945. Y seguimos siéndolo, aunque ahora con un protector dubitativo e inseguro.

No sólo el mundo había pasado a ser post-europeo; en cierto modo la misma Europa había pasado a ser extra-europea.

Hablemos pues de ese mundo post-europeo, que es el nuestro.

UN MUNDO POST-EUROPEO

A partir de los años 40 del pasado siglo, una de las grandes figuras de la brillante intelectualidad centroeuropea, el filósofo checo Jan Patočka, abrumado por el drama de la guerra, el GULAG y el Holocausto, fue elaborando escritos varios publicados más tarde en francés con el título de

Europa después de Europaⁱⁱ. En aquellos análisis Patocka daba testimonio de la aparición de un mundo “post-europeo” al que llamaba, con visión casi profética, la “era planetaria”. Como antes Stefan Zweig o Ernst Junger, aseguraba que Europa se había “suicidado” en dos guerras mundiales, pero sin embargo había generado una “mundialización” de Europa y sus instituciones en una “herencia espiritual europea” que habría que recuperar. Europa, concluía Patocka, debía repensarse en ese nuevo mundo post-europeo. Una nueva Europa después de Europa, título que quisimos dar a un libro que edité hace pocos años.

Analizaremos después esa “herencia espiritual” mundializada, pero veamos antes los contornos de ese mundo post-europeo.

El tema, como sabemos, no era nuevo. Ya en 1920, tras la derrota alemana, Oswald Spengler publicaría el texto de referencia obligada: La decadencia de Occidenteⁱⁱⁱ. Y poco después –concretamente el 16 de febrero de 1955- el gran historiador británico Geoffrey Barraclough pronunciaba en la Universidad de Liverpool una trascendental conferencia titulada El fin de la historia europea en la que aseguraba que, tras pasar de la Era Europa a la Era Atlántica, vemos ahora emerger una Era del Pacífico que nos fuerza a pensar el mundo de otro modo^{iv}. Ello no significa -continuaba Barraclough- “que la historia europea haya terminado”, por supuesto. Pero sí “que deja de tener significación histórica” y pasa a ser una “historia regional” más, ya no “la historia del mundo”, como había sido durante los últimos siglos. Palabras no muy distintas de las que escribiría poco después el gran sociólogo que fue Enrique Gómez Arboleya: “Europa...no se basta a sí misma. (Pero) al europeizar el resto del mundo se va colocando como una individualidad entre otras individualidades”^v.

Las décadas siguientes iban a confirmar los pronósticos de Barraclough y de Gómez Arboleya. Pues si la descolonización fue el primer paso, el segundo lo dieron conjuntamente la demografía y la difusión tecnológica. Detengámonos un momento en este argumento, central para entender la lógica del mundo contemporáneo.

Dicen que Comte dijo que la demografía es el destino. No es cierto; no lo dijo jamás, es una leyenda urbana más. Pero *se non e vero è ben trovato*. Efectivamente, a comienzos del pasado siglo, Europa era algo más del 25% de la población del mundo. Y todavía a mediados del siglo representaba una quinta parte, algo más del 20%. Pero hoy se aproxima al 7%, y desciende.

¿Por qué este descenso brutal? La explicación es sencilla: la humanidad ha pasado de unos 3.000 millones de habitantes en 1950 a más de 9.000 para el año 2.050. Es decir, en poco más de un siglo se habrá triplicado desde los 3.000 a los 9.000. Pero todo ese enorme crecimiento se ha dado en el antes llamado tercer mundo, fuera del área desarrollada. Actualmente Asia es el 60% de la población, África, con un crecimiento espectacular, será pronto más de un 20%, y todo el viejo occidente, es decir, Europa más las dos Américas, será otro 20%. Seis asiáticos por cada europeo, o tres por cada occidental. Y entre

los veinte países más poblados del mundo ya solo hay uno europeo, Alemania, que pronto desaparecerá de la lista.

Esa divergencia demográfica entre el este y el oeste, entre *the west and the rest*, no tendría excesiva importancia si Europa conservara el monopolio sobre la ciencia y la tecnología del que disfrutó desde la revolución científica del siglo XVII. Pero ya no es así pues, acoplada con la divergencia demográfica, se ha producido una convergencia tecnológica, consecuencia de un fenómeno bien conocido por los antropólogos y los sociólogos: la difusión de productos, instrumentos y maneras de pensar.

Es más fácil copiar que inventar. Lo segundo requiere tiempo y esfuerzo; lo primero es casi innato. Es lo que se ha llamado “la ventaja de llegar el último”: basta copiar al líder para avanzar rápido sin los esfuerzos y costes de la innovación.

¿Qué se copia? Todo. No sólo la tecnología, sino también las buenas prácticas o las buenas políticas. Unas y otras innovaciones (de hardware o de software) son, en buena medida, bienes públicos. Primero se apropian de los productos ya sea el motor de combustión, los teléfonos móviles o el fusil de asalto AK47 Kalashnikov; más tarde aprenden a copiarlos; más tarde los mejoran, aprendiendo su lógica. Finalmente innovan ellos también. Y lo que pasa con los productos tecnológicos, con el hardware, pasa también con los productos culturales, con el software. Pues también se copia la contabilidad de doble entrada, los seguros, las hipotecas, los códigos de comercio, el *rule of law*, el Estado y la democracia, y por supuesto la racionalidad y la ciencia. Volveré más adelante sobre ello.

Y así, a medida que se difunden las tecnologías, duras y blandas, la productividad del trabajador crece y converge también. Y entonces el peso demográfico cuenta. Y mucho. Pues las potencias demográficas devienen potencias económicas y el peso económico de cada país tiende a ajustarse a su peso demográfico.

China tiene una productividad algo superior al 20% de la de los Estados Unidos. Pero son 1.300 millones de habitantes de modo que, medido en PPP, ya en el 2014 su PIB superó al de los Estados Unidos, algo que el Financial Times anunció en portada a cinco columnas en abril de ese año. Y el PIB de la India ha sobrepasado ya al de Japón. Y entre los veinte primeros países del mundo por PIB encontramos solo seis europeos, Rusia incluida, pero siete asiáticos, cuatro americanos y tres de Oriente Medio.

Pero la cosa no acaba aquí. Pues las potencias económicas pronto devienen potencias políticas. Conceden préstamos, hacen inversiones, pueden comprar productos naturales o manufacturados, importan o exportan. Tienen capacidad negociadora. En los años 90, Europa ganaba el 72% de las votaciones en la Asamblea General de Naciones Unidas; China ganaba solo el 49%. Pero para comienzos de este siglo, Europa ganaba sólo 49% mientras China ganaba el 74%. ¿Por qué? Casi la mitad de los países representados en la ONU son muy

pequeños, de menos de 5 millones de habitantes, y su voto es fácil de comprar. Las potencias económicas son también potencias políticas.

El último salto, inevitable, es pasar a ser potencias militares. Pero, ¿cómo no hacerlo cuando tienen que asegurar sus suministros y sus rutas comerciales? China o la India son gigantescas aspiradoras de recursos de todo tipo (ya sea petróleo, acero, cemento, cobre, algodón o carne), y más si crecen a ritmos del 7% o más. Por Malaca circula un 70% de las importaciones de Corea del Sur, un 60% de las de Japón y Taiwán y un 80% de las de China. Así, tal como dijo Tomé Pires, frustrado embajador portugués en la China del siglo XVI, se puede decir que “quien posee Malaca tiene en sus manos la garganta de China”. De modo que esos países emergentes construyen armadas oceánicas para asegurar sus suministros, armadas que a su vez exigen bases militares navales para su aprisionamiento que se construyen aceleradamente en el Océano Índico. Y están ya en la competición espacial y, por supuesto, en el ciberespacio.

Y se cierra el ciclo: la demografía deviene economía, esta política y todo ello poder duro, poder militar.

El resultado es una profunda alteración del centro de gravedad del mundo que se mueve hacia Asia y el Pacífico, marginando a Europa (y a España dentro de Europa) y reorientando, tanto África como América (norte y sur, también América Latina), hacia el Pacífico.

Todo el mundo, y no solo los Estados Unidos, Europa incluida, “pivota” hacia Asia.

**

¿Y Europa? ¿Qué es de ella?

Lo cierto es que mientras el mundo parece reproducir escenarios westfalianos (la expresión es de Kissinger), de grandes potencias que se entienden como sujetos soberanos sin reconocer ninguna autoridad superior, la UE, por el contrario, ha construido un orden post-moderno y casi post-histórico de suma de soberanías sometidas al imperio de la ley. Un orden kantiano, sí, pero rodeado de un mundo, como siempre, hobbesiano.

Y la Unión Europea ha sido un éxito, sin duda el gran invento político de este continente tras los terribles fracasos de los totalitarismos del siglo XX. Un éxito certificado por el hecho de que jamás los ciudadanos europeos han vivido con mayor seguridad y menor riesgo de guerras o conflictos, jamás han sido más libres ni han disfrutado de mayor seguridad jurídica y respeto a las personas, ni jamás han disfrutado de mayor prosperidad y bienestar.

Pero como decía Herman Van Rompuy en su discurso a los jóvenes del Colegio de Brujas acerca de Los retos para Europa en un mundo cambiante, “nuestro principal reto es cómo lidiar, en tanto que Europa, con el resto del mundo ¿Cómo podemos imaginar a la Unión Europea en el océano geopolítico? ¿Estamos todos en el mismo barco, bajo la misma bandera?”^{vii}.

Así, al tiempo que el mundo galopa en una dirección nueva, la UE, tras el rechazo francés del supuesto Tratado Constitucional, y la posterior y decepcionante puesta en marcha del de Lisboa, y aun sin digerir la última ampliación, camina a paso lento sin acabar de tener un papel claro en el nuevo orden mundial. Carente de política exterior, y carente de fuerza que otorgue credibilidad a esa política exterior, la UE se nos presenta casi desguarnecida, incapaz de estabilizar ninguna de sus dos fronteras históricas: la del este, atacada por Rusia, la del sur, des-estabilizada por guerras que no sabemos luchar (como la de Libia) y por masas de emigrantes y refugiados que no sabemos integrar. Y des-estabilizada dentro por esas mismas fuerzas, con sus elecciones o referendos manipulados por Rusia, o con su capital, Bruselas, paralizada durante días por el asalto de los nuevos bárbaros, de una nueva *Völkerwanderung* yihadista que no habría asombrado a Toynbee.

Pues la región con mayor calidad de vida del mundo, de hecho con la mayor calidad de vida que hubo jamás, el mejor de los mundos conocidos y existentes, ha olvidado lo que Hegel nos enseñó en su dialéctica del amo y del esclavo: solo es verdaderamente libre quien está dispuesto a arriesgar su vida por mantener la libertad, a luchar por su libertad; quien no está dispuesto, es ya esclavo, aunque no lo sepa.

Nuestro mundo es post-europeo, ciertamente. Incluso Europa empieza a ser post-europea. Pero como decía Arboleya, en un mundo profundamente europeizado, y a ello quiero dedicar el resto de esta conferencia ya que ha sido justamente la europeización cultural del mundo lo que le ha otorgado a este los instrumentos para su emancipación.

LA “HERENCIA ESPIRITUAL EUROPEA” EN UN MUNDO EUROPEIZADO

Y volvamos a Toynbee: “los historiadores futuros dirán...que el gran suceso del siglo XX fue el impacto de la civilización occidental sobre todas las restantes sociedades vivientes y el mundo”^{viii}, señalaba. Y años más tarde añadía: “El encuentro entre el mundo y Occidente acabará siendo, retrospectivamente, el suceso más importante de la historia moderna”. Pero cuidado, “no ha sido el Occidente quien ha sido golpeado por el mundo; ha sido el mundo quien ha sido golpeado, y golpeado con fuerza, por Occidente”^{ix}. Y es importante entender el alcance de esa penetración occidental más allá de su decreciente peso político.

Un ejemplo próximo de esta profunda europeización del mundo nos la ofrece América Latina. Que si merece ese nombre –y creo que lo merece- es porque esa fue la tarea que realizaron los “pioneros ibéricos”: latinizar, es decir, romanizar, incorporar América a la cultura grecolatina. Hoy en América se habla latín vulgar (el español o el portugués), su religión mayoritaria es la que fue religión oficial del Imperio romano; su derecho tiene como base el romano, su urbanismo, su arquitectura, incluso su agricultura, es mediterránea y romana. De modo que las que fueron provincias de Roma en la península

ibérica romanizaron aquel continente incorporándolo a la civilización occidental, a la civilización europea. Como decía Zubiri agudamente, los romanos no son nuestros clásicos, nosotros somos romanos, América Latina es romana, aunque no lo sepa.

Pero es sólo un ejemplo de un proceso mucho más vasto. No estamos ante una confrontación de civilizaciones, como ha argumentado Huntington. Pues aunque estemos en los albores de la pérdida de peso político relativo del viejo Occidente, este, sin embargo, ha triunfado como civilización, y sus principales logros se afianzan hoy en todas partes con escasas excepciones. La más importante, sin duda, el mundo islámico (o para ser más precisos el árabe-islámico), una excepción cuyo análisis dejo para otra ocasión.

Efectivamente, si indagamos cuales son las instituciones dominantes en el mundo moderno, encontraremos tres: como siempre, una política, otra económica y una tercera cultural, que son otras tantas aportaciones de Europa a una emergente e *in fieri* civilización mundial^x, la primera que ha existido en la historia de la humanidad.

Para comenzar, no ya la forma Estado -generalizada a todo el mundo como modelo de arquitectura política, sin alternativa alguna pues hemos estatalizado el mundo entero-, sino el Estado democrático y liberal como forma política dominante, que hoy no confronta legitimidad alternativa alguna^{xi} y que, desde 1989, ha hecho progresos considerables expandiéndose por Europa del sur y del este, América Latina, Asia, e incluso África. Hoy, según acredita Freedom House, la mayoría de los países son democráticos (el 46%) y la mayoría de la población vive en países democráticos (el 43%).

Es más, tenía toda la razón Fukuyama cuando argumentó en El fin de la historia que la legitimidad democrática es ya la única aceptable y reconocida. Ello es tan cierto que poco más de media docena de países del mundo se autodefinen como “no democráticos”; todos los demás dicen serlo, aunque no lo sean, pues se trata del único discurso que proporciona legitimidad.

La segunda “invención” institucional occidental que se ha expandido por todo el mundo es la economía de mercado, lo que hace tiempo llamábamos (con terminología obsoleta), “modo de producción capitalista”, tal que, de nuevo, no confronta alternativa alguna, incluso en estos momentos de manifiesta y seria crisis económica. Si China ha crecido como lo ha hecho desde las reformas de Deng Xiao Ping de 1978 se debe a ello, no a que es un Estado autoritario o totalitario. Otro tanto se puede decir de la India tras las reformas de Singh de 1991. ¿Quién cree hoy en economías centralizadas, planes quinquenales o parecidos? Al parecer sólo algunos occidentales. Un sondeo del Pew Global Attitudes Projects del 2010 que indagaba el apoyo a la economía de mercado ponía de manifiesto que este contaba con nada menos que un 84% de apoyo en China (el mayor del mundo), seguido de Nigeria (82%), la India (79%), Corea del Sur (78%) y Brasil (75%), muy por delante de países como Estados Unidos (68%) o de Europa, donde por cierto, ha decrecido. Para pasmo de los

“altermundialistas” los grandes beneficiarios de la globalización han sido los países del llamado “tercer mundo”^{xii}.

Pero la “invención” occidental que puede ser más importante en el futuro es la cultural: una cultura basada en el dialogo racional y la prueba empírica como base del discurso y la argumentación, una cultura basada en la ciencia. Y recordemos que, para Ortega y Gasset Europa era eso: ciencia.

A comienzos del pasado siglo el sociólogo americano Thorstein Veblen, publicaba el primer estudio sociológico de la ciencia, El lugar de la ciencia en la civilización moderna^{xiii}. Y señalaba que “ningún otro ideal cultural ocupa un lugar indiscutible similar en las convicciones de la humanidad civilizada”^{xiv}. “La ciencia –concluía Veblen con rotundidad- da su carácter a la cultura moderna”^{xv}. Y así es: la ciencia permea la sociedad moderna, de Occidente o de Oriente, es el depósito indiscutible de la Verdad (con mayúscula), tal que nadie puede discutir sus afirmaciones (incluso el Papa se rinde ante ella; lean la Laudato si), y es el motor más fuerte del cambio social, la variable crucial, el *Deus ex machina* de las sociedades modernas^{xvi}.

Así pues, democracia, mercado y ciencia. La forma política hegemónica y dominante es el Estado y más en concreto el Estado democrático; la forma económica dominante es la economía de mercado; y la forma cultural dominantes es la ciencia. Y no hay alternativa a la vista para ninguna de las tres.

No tengo tiempo ni es la ocasión para mostrar que no se trata de tres piezas independientes que pueden o no darse juntas, sino más bien de los tres lados del mismo triangulo institucional cuyo centro lo ocupa la libertad del individuo, de modo que cada uno refuerza a los otros dos. No hay democracia sin mercado como demostró Polany; no hay ciencia sin libertad y democracia, como demostró Robert Merton; puede haber mercado sin democracia, pero es ineficiente y corrupto, como vemos en China o Rusia. ¿Cómo puedes tener libertad de conciencia sin libertad de expresión, y esta sin libertad política, y esta sin libertad económica?

En todo caso este triple *acquis occidentale* (si se me permite la expresión, que pretende resaltar la similitud con el *acquis communautaire*), democracia, mercado y ciencia, implica un profundo proceso de occidentalización del mundo, de homogeneización cultural e institucional, al tiempo que, paradójicamente, y gracias a la difusión de ese mismo *acquis*, Occidente va perdiendo iniciativa y poder relativo. Hoy la racionalidad y la ciencia, al igual que la tecnología que genera, la democracia o el mercado, han dejado de ser patrimonio de Occidente y los encontramos en Japón, al igual que en la India, Brasil, Indonesia o África del Sur.

Pero si tuviera que establecer alguna prioridad esta tendría que ser, como lo es siempre, la técnica y el conocimiento. Pues hablamos de un proceso civilizatorio mundial en el que la variable explicativa es la tecnociencia, que se

expande y converge en todo el mundo, induciendo una homogeneización de valores y estilos de vida a través de tres procesos^{xvii}.

En primer lugar, a través de sus productos, que impregnan todas las sociedades y las occidentaliza. El ordenador, el teléfono móvil, los automóviles o los aviones, el GPS, las tecnologías médicas, no menos que los rascacielos, los aeropuertos, las oficinas, o los centros comerciales, y tantos otros cachivaches que se nos cuelan en los bolsillos o nos llevan y rodean, inducen prácticas y hábitos homogéneos. La arquitectura, la sanidad, el transporte y las infraestructuras, incluso las técnicas agrícolas, todo ello y mucho más, homogeneiza y occidentaliza al tiempo que los mismos productos se desvinculan de su origen, se des-occidentalizan.

Como lo hace también –en segundo lugar- la tecno-ciencia entendida ahora como *software*, como lógica y modo de pensar. La ciencia moderna se aprende y se practica no sólo en Boston o Cambridge, sino en Tokio, Beijing o Bombay, y se enseña en todas las escuelas y todas las universidades de todo el mundo. Pero el aprendizaje de la tecnociencia genera hábitos de pensamiento, *manières de penser*, como decía Durkheim, hábitos que se trasladan de un escenario a otro. Y a medida que se extiende la educación formalizada, se extienden con ella hábitos de pensamiento que derivan de la lógica racional tecno-científica. Y quien aprende a pensar en términos lógico-analíticos para abordar una cuestión técnica (cómo hacer una carretera o curar un enfermo, por ejemplo), no podrá no usar lógicas similares en otros ámbitos y, en última instancia, en su vida cotidiana.

Y como lo hace –en tercer lugar-, la ciencia entendida en su dimensión social, la tecnociencia social. Pues cuando hablamos de la influencia de la ciencia siempre pensamos en la tecnociencia dura, físico-química, en *hardware*, y nunca en la blanda, en las ciencias sociales, en el *software* cultural. Pero – como venimos insistiendo- hay también una tecnociencia social que abarca cuestiones como el buen gobierno y el *rule of law*, el derecho mercantil, comercial o de familia, los seguros, la contabilidad y las auditorías, las buenas políticas económicas, la gestión de problemas sociales y un largo etcétera. En el fondo, las pautas de difusión cultural del estribo hace siglos, o del motor de combustión recientemente, no son esencialmente distintas de las que afectan a la contabilidad, los registros de propiedad o la hipoteca. Tecnologías sociales, que son al tiempo programas culturales. Y sin duda el derecho formal es una de las más importantes.

Pondré un ejemplo que me ha impactado por su carácter revelador al afectar a lo más profundo de la socialización: la sensibilidad. En la China de Mao, y durante décadas, la música clásica europea fue rechazada como instrumento del imperialismo. El piano era el icono de un instrumento musical burgués por excelencia, y estaba prohibido. Pero hete aquí que en los últimos años dos grandes pianistas chinos, Lang Lang y Li Yundi, después de cosechar éxitos enormes en Occidente, empezaron a ser conocidos en China. Ello llevo a la nueva clase media de ese país a interesarse por el piano. Pues bien, hoy se

estima que hay nada menos que unos 40 millones de niños chinos estudiando piano, y ese país es el principal productor y consumidor de pianos, con una cuota del 77% del mercado mundial. Es evidente que la próxima generación de grandes pianistas estará dominada por jóvenes chinos. Pero lo más importantes es lo siguiente: ¿qué música tocan esos millones de niños y niñas chinos, que música les emociona, les conmueve? Tocaban a Bach o a Chopin, a Stravinsky o a Rachmaninov, se emocionan tocando música europea. Retengamos pues esa idea. También la educación sentimental del mundo es, en buena medida, de raíz europea.

Para acabar: creo que si pretendemos entender la dinámica cultural e institucional el mundo globalizado debemos recuperar el sentido originario (francés, por cierto) del término “civilización”. Pues lo que tenemos delante no es ni un puzle o patchwork de culturas variadas, todas igualmente cerca de Dios, como lo percibió el historicismo, ni un conflicto o una alianza de civilizaciones, sino la emergencia de una civilización mundial *in fieri* que cobija a más y más culturas pero, al hacerlo, y al tiempo que les dota de instrumentos de supervivencia y revitalización, las racionaliza e impregna de formas estándar que son occidentales, formas que, al tiempo que se expanden y generalizan, dejan de ser propiamente occidentales. ¿Son occidentales los rascacielos de Tokio o Shanghái?

Es interesante señalarlo, pero fueron Marx y Engels, (estamos en el bicentenario del nacimiento del primero) nada menos que en el Manifiesto del Partido Comunista quienes lo avanzaron en un pasaje luminoso que no me resisto citar, y en el que, no solo identificaron la globalización económica, sino también la cultural:

La burguesía,-decían los citados en 1848-...al explotar el mercado mundial, da a la producción y al consumo de todos los países un sello cosmopolita....la red del comercio es universal y en ella entran, unidas por vínculos de interdependencia, todas las naciones.

Y lo que acontece con la producción material, acontece también con la del espíritu. Los productos espirituales de las diferentes naciones vienen a formar un acervo común. Las limitaciones y peculiaridades del carácter nacional van pasando a segundo plano, y las literaturas locales y nacionales confluyen todas en una literatura universal.

Una narrativa universal que es efecto, pero también causa, de una historia universal.

CONCLUSIONES

Y comienzo a concluir.

Hace más de un siglo que el gran aragonés que fue Joaquín Costa –cuyo centenario celebraremos en el 2011- nos interpeló a los españoles asegurando que deberíamos “cerrar con siete llaves el sepulcro del Cid” para olvidar las

viejas glorias del Imperio y mirar adelante. Lo hicimos en 1978 y no nos fue nada mal.

Pero puede que no sólo los españoles, sino todos los europeos, hayan caído de nuevo en la tentación que denunciaba Costa.

Pues el supuesto central es que nos encontramos en una encrucijada vital: o Europa se articula como unidad para asumir un papel central en la gobernabilidad del nuevo mundo, en el “océano geopolítico”, como lo llama Van Rompuy, o quedará relegada a un papel cada vez más dependiente y secundario.

El tema es vital. Durante varios siglos la historia del mundo se ha escrito aquí en Europa, especialmente en la Europa atlántica. Pero el riesgo que corremos es que en el nuevo siglo XXI se inviertan los destinos y sean otros quienes escriban nuestra propia historia, como les ocurrió a ellos antes. Cuando uno desciende en el aeropuerto de Beijing puede ver pronto un nuevo mapamundi, otra representación del mundo. En ese nuevo mapa China ocupa el centro, el Imperio del Medio se ubica en el medio. Europa aparece en el extremo occidental del continente euroasiático; y en el extremo occidental de ese extremo occidental aparecen las Islas Británicas y la Península Ibérica. ¿Estaremos pasando de centro a la periferia, sin darnos cuenta? ¿No sabemos lo que nos pasa, y eso es lo que nos pasa, como decía Ortega?

Uno de los grandes expertos en historias imperiales -Niall Ferguson- nos advierte que la caída de estos puede seguir lógicas no lineales para precipitarse en pocos años a consecuencia del aleteo de una mariposa, como ocurrió con la Unión Soviética. El Imperio Romano se hundió en menos de 50 años, pero la Francia borbónica o el Imperio británico tardaron aún menos^{xviii}. Debemos pues ser humildes y muy conscientes de que nuestros argumentos y escenarios pueden verse devaluados en meses por algún nuevo “cisne negro”.

También dentro de Europa.

Todas las bases sobre las que se construyó el edificio de la UE están en crisis. La alianza atlántica, en entredicho por un presidente americano errático y narcisista, la resistencia frente al gigante ruso que captura países de su entorno, el entendimiento entre Francia y Alemania, y la aportación británica. Y tras una ampliación improvisada y mal diseñada, la crisis económica ha supuesto un envite a la solidez de la moneda única, del euro, la corona del mercado común. Crisis del euro que es todo un indicador de cuanto nos preocupa: no es posible avanzar en un mercado y una moneda común sin avanzar en la gobernanza económica, pero esto implica saltar desde la economía común a la política común. La crisis de los emigrantes y refugiados, la ausencia de una política energética común, o la amenaza terrorista, son otras tantas cuestiones necesitadas de una Europa unida y fuerte.

Pero el riesgo principal es el nacionalismo, al que erróneamente llamamos populismo con frecuencia. El viejo nacionalismo de siempre, que aflora agresivo en todas partes, en Francia, en Alemania, en Italia, en Holanda, en

Austria, en Hungría y Polonia, incluso en Inglaterra. Y también en España, por supuesto en Cataluña, en Euskadi, también en Baleares, e incluso en Valencia.

Pero debemos avanzar, no retroceder. En el mundo hay identificadas no menos de 15.000 etnias o naciones, y no menos de 6.000 lenguas pero solo 200 Estados. Si cada lengua o cada etnia diera origen a un Estado, el mundo sería ingobernable y lo que necesitamos, justamente, es gobernanza global y, por lo tanto arquitecturas políticas extensas, único remedio para gestionar la globalización. El viejo Estado-Nación y más aún la idea de que a cada nación le corresponde su Estado no es sostenible sino al coste de limpiezas étnicas, xenofobia y, al final genocidios.

Recordemos: los nacionalismos son la guerra, esa es la experiencia europea. Pero los nacionalismos identitarios son la guerra civil. Esa fue nuestra experiencia también, y lo hemos visto en el País Vasco y en los Balcanes. Se trata de unir, no de dividir, de sumar, no de restar, de crear solidaridad, no división ni odio.

Y concluyo.

El 19 de septiembre de 1946, poco después de acabar el combate, en su famoso discurso de Zurich, decía Churchill:

“hay un remedio que si se adoptara de una manera general ... y en pocos años podría convertir a Europa, ...en algo tan libre y feliz como es Suiza hoy en día. ¿Cuál es ese eficaz remedio? Es volver a crear la familia europea”.

Pues bien, la “familia” ya se ha creado y Europa es ya tan “libre y feliz como Suiza”.

Pero aquel deseo contenía una profunda ironía que hoy vemos con claridad: el de transformarnos en una sociedad de alta calidad pero aislada y ensimismada: ser “la Suiza del mundo”. Así nos ven en el resto del mundo, y cuando se indaga fuera de Europa sobre la UE como eventual potencia mundial, el resultado es descorazonador pues mientras que el 81% de los alemanes o el 76% de los ingleses aseguran que la UE es hoy un “poder mundial”, sólo piensan lo mismo el 5% de los indios, el 12% de los brasileños, el 13% de los rusos, el 20% de los japoneses, e incluso el 26% de los americanos. Los europeos estamos convencidos de que somos una potencia mundial pero el mundo no se ha enterado.

El problema es que Europa no puede no ser un poder mundial efectivo, no puede conformarse con ser “la Suiza del mundo”, incluso si ello resultara atractivo, cosa discutible.

Ya lo dijo Octavio Paz de nosotros en 1983 con amargas palabras:

“Lo único que une a Europa es su pasividad ante el destino. Después de la Segunda Guerra Mundial las naciones del Viejo Mundo se replegaron en sí mismas y han consagrado sus inmensas energías a crear una

prosperidad sin grandeza y a cultivar un hedonismo sin pasión y sin riesgos.^{xix}.

¿Es eso lo que deseamos? ¿Abandonarnos al destino? Sin duda no, pero sí es hacia donde caminamos, movidos por un hedonismo sin pasión pero ciegos a la realidad, empeñados en arreglar el pasado pero incapaces de construir el futuro, empeñados en solventar las querellas de nuestros abuelos, pero ciegos al futuro de nuestros nietos.

Evitar que Paz tenga razón es nuestro reto inmediato.

No abandonarse al destino.

Construir para nuestros nietos una nueva Europa agotada la Era de Europa.

Necesitamos una Europa federal, unos Estados Unidos de Europa, y los necesitamos ya.

Muchas gracias.

ⁱ *A Study of History*, New York, 1947, pp. 124 and 125.

ⁱⁱ Hay edición francesa, *L'Europe après l'Europe*, Verdier, Paris, 2007.

ⁱⁱⁱ O. Spengler, *Der Untergang des Abendlandes*, 1920 (hay traducción de García Morente, Madrid, 1923-27). Nótese que la traducción española, *La decadencia de Occidente* (al igual que la inglesa, *The Decline of the West*) no recoge adecuadamente el exacto significado de la palabra *Untergang*, que implica no sólo decadencia sino una completa desaparición y destrucción.

^{iv} Barraclough, *History in a Changing World*, University of Oklahoma Press, Norman, 1956, p. 206 y 207.

^v E. Gómez Arboleya, "Posición y ámbito del problema de Europa", en *Teoría de la sociedad y del Estado*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1962, pág. 556.

^{vi} Op.cit., p. 1077.

^{vii} Discurso de Van Rompuy en el Colegio de Brujas, 25 de febrero del 2010, *The Challenges for Europe in a Changing World*.

^{viii} *Civilization on Trial*, Meriden Books, Nueva York, 1945, p.189

^{ix} *The World and the West*, Meriden Books, Nueva York, 1952, prefacio y p.235.

^x El esquema básico de este desarrollo puede verse en E. Lamo de Espinosa, "Un esquema de teoría social. Parentesco, trabajo y comunicación", en J. M. García Blanco y P. Navarro Sustateta (editores), *¿Más allá de la modernidad? Las dimensiones de la información, la comunicación y sus nuevas tecnologías*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 2002, pp. 3-44.

^{xi} El injustamente menospreciado ensayo de Francis Fukuyama, *The End of History and the Last Man*, publicado en 1992, sostenía acertadamente este argumento.

^{xii} Véase <http://pewglobal.org/files/pdf/Pew-Global-Attitudes-Spring-2010-Report.pdf>

^{xiii} Publicado primeramente en 1906, "The Place of Science in Modern Civilization" en *American Journal of Sociology*, XI(1906)585-609. Ampliado más tarde con otros estudios en 1919, *The Place of Science in Modern Civilization and Other Essays*, Huesbsch, New York, 1919. Finalmente traducido por Maragarita Barañano con una interesante introducción, "Thorstein Veblen: un alegato en favor de la ciencia", puede verse en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 61(1993)201, por donde lo citamos.

^{xiv} Op. cit., pag. 215.

^{xv} Op. cit., pag. 230.

^{xvi} Véase, E. Lamo de Espinosa, "La sociedad del conocimiento. El orden del cambio", en *Libro Homenaje al Profesor José Jiménez Blanco*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 2002, pp.429-450.

-
- ^{xvii} Véase Wolf Schäfer, “Global Civilization and Local Cultures-”, *International Sociology*, 16, 3, 2001.
- ^{xviii} N. Ferguson, “Complexity and Collapse. Empires on the Edge of Chaos”, *Foreign Affairs*, Marzo-Abril 2010.
- ^{xix} Octavio Paz, *Tiempo nublado*, Seix y Barral Barcelona, 1983.